Símbolo para mí de amor y gloria;
Tiernísima mujer! Oh! tú no sabes,
Tú no sabes tal vez cuántos enojos,
Cuánta tristeza de mi sér ahuyentas
Con el contacto de tus manos suaves,
Con la expresion de tus divinos ojos.
¡Cuántos sueños de dicha me has brindado!
¡Qué momentos tan dulces te he debido!
Mi corazon de gratitud henchido
Podia no adorarte? Te ha adorado.
Amante y tierna amiga,
Mujer de mi ilusion! Dios te bendiga!
.....
—Como yo guardo las marchitas flores
Que fueron á morir en tus cabellos
Envanecidas de mirarse en ellos,
Deliciosa mujer! Guarda este canto
Que no en fingida lira
A tí consagro, por la vez primera:
Himno es de una alma que tu alma admira;
Guárdalo siempre, pues tu amor lo inspira,
Y acuérdate de mí cuando yo muera.

LEONOR LA CAUTIVA.

LEYENDA ORIENTAL.

I.

Allá en las orillas del Bósforo undoso,
Dó expléndida se alza la hermosa Estambul,
Sus torres eleva palacio suntuoso
Que fieles se pintan en olas de azul.

Murallas de mármol la entrada defienden
De inmensos jardines de grato verdor:
Exóticas flores sus hojas extienden
Del rey de los astros al dulce calor.

Arroyos de plata con ruido sonoro
Desatan sus linfas en verde tapiz,

Bañando de altivo gentil sicomoro
El tronco robusto, la dura raiz.

Con blanda armonía los pájaros cantan;
La brisa murmura sonidos de amor,
Y brindan al alma que dulces encantan,
Su ruido el arroyo, su aroma la flor.

En medio á tan linda, risueña morada,
Del turco celoso se eleva el harem,
Murallas y rejas evitan su entrada,
Eunucos crüeles la guardan tambien.

II.

Del Tíbet en blandas, finísimas pieles,
Mas bella que ensueño de dicha y de amor,
Hurí de ese cielo, encanto de infieles,
Se inclina indolente, la hermosa LEONOR.

Robóla el pirata en medio á los mares,
Y hoy es favorita de altivo sultan:
¡Es bella! tan bella, que alzárale altares
La Roma pagana al ver su beldad.

Su seno es mas blanco que el nardo oloroso,
Sus ojos mas negros que el ébano son,

Su frente es soberbia cual cedro coloso,
Su lábio es de rosa naciente boton.

¡Miradla! sus rizos de seda ondulantes
Su cuello acarician en dulce vaiven;
Turquesas, y perlas, y ricos diamantes
Que cria Golconda, adornan su sien.

De cándido lino la diáfana veste,
Apénas encubre su cuerpo gentil:
Sus hombros sostienen un manto celeste
Que abrocha en su talle precioso rubí.

Las flores mas bellas, de suaves aromas,
De rico alabastro en vasos se ven,
Y en mil pebeteros consúmense gomas
Que el aire perfuman del mágico harem.....

A libres placeres provoca el ambiente
Que envuelve á la hermosa, divina Leonor;
Mas rauda á otros climas volando su mente,
Recuerda su patria, recuerda su amor.

Recuerda á Granada, su cuna querida,
Sus vegas frondosas do fué tan feliz;
Y en éxtasis dulce su mente embebida,
Sus húmedos lábios se ven sonreir.....

De pronto en sus goznes girando la puerta
Del lindo retrete, sus sueños se van.....
Entreabre los ojos..... al fin se despierta.....
Y triste á sus plantas contempla al Sultan.

III

Alza el Sultan la varonil cabeza,
Y mirando á la hermosa tiernamente,
—«¿Por qué nubla tu rostro la tristeza?
¿Por qué inclinas—le dice—tu alba frente?

«Levántala, Leonor: tú eres mi encanto,
Tú eres la hurí que delirante adoro:
Mi ternura sin fin, y lujo tanto,
¿No enjugarán jamás tu amargo lloro?

«¡Nazarena! te dí para tus goces
Esclavas griegas de mirar divino;
Hermosas georgianas cuyas voces
Imitan de la alondra el dulce trino:

«Tapices de vivísimos colores
A tus plantas he puesto; y en tu frente
Para vencer, cristiana, tus rigores
Coloqué mi diadema refulgente.

«De Cachemira delicados schales,
Y de Sidon la púrpura preciada,
Del Rojo mar los nítidos corales
Y sedas de Basora la encantada,

«Todo, todo te he dado en mi ternura,
Y el corazon que mas que todo vale;

Mas se muestra insensible tu hermosura,
Que no hay dureza que á tu pecho iguale.

«Me canso de esperar, y en mi despecho
Al contemplar tu helada indiferencia,
No sé como el puñal no rasga el pecho
Y dá fin á mi amor y á tu existencia.

«Ya te rogué sumiso..... ahora, esclava,
Responde ¿me amarás?»—«Mi dueño eres,
Con tu agudo puñal mi pecho clava,
Mas nunca, nunca, mi ternura esperes.»

—«¡Por Alá! ¿tal escucho....? En este instante
Castigaré, cristiana, tu osadía:
Ahora soy tu señor y no tu amante:
Apréstate mujer, VAS A SER MIA.»

Y con furor salvaje se abalanza
Trémulo el lábio, ardiente la megilla;
De sus ojos la cólera se lanza
Que en vivos rayos aparece y brilla.....
. . . . . .

Ya entre sus brazos á la hermosa oprime,
Que trémula, sin voz, desmaya inerte;—
Mas pronto se alza con ardor sublime.....
Resplandece un puñal..... el turco gime.....
—«¡TU QUERIAS MI AMOR, TOMA LA MUERTE!»